

contento coma unas pascuas, danzando por el cielo que está alfombrado con estrellas, y allí parece que al modo la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro, mañana y mañana y mañana y al otro y siempre....

No pudo hablar más. Yo me agarré fuertemente al cuerpo de Medio-hombre. Un violento golpe de mar sacudió la proa del navio y senti el azote del agua sobre mi espalda. Cerré los ojos y pensé en Dios. En el mismo instante perdí toda sensación y no supe lo que ocurrió.

XVI.

Volvió, no sé cuándo, á iluminar turbiamente mi espíritu la noción de la vida, senti un frío intensísimo, y sólo este accidente me dió á conocer la propia existencia, pues ningún recuerdo de lo pasado conservaba mi mente, ni podía hacerme cargo de mi nueva situación. Cuando mis ideas se fueron aclarando y se desvanecía el letargo de mis sentidos, me encontré tendido en la playa. Algunos hombres estaban en derredor mio observándome con interés. Lo primero que oí fué: "¡Pobrecito....! ya vuelve en sí."

Poco á poco fui volviendo á la vida, y con ella al recuerdo de lo pasado. Me acordé de Marcial, y creo que las primeras palabras articuladas por mis labios fueron para preguntar por él. Nadie supo contestarme. Entre los que me rodeaban reconocí á algunas marineros del *Rayo*; les pregunté por Medio-hombre y todos convinieron en que había perecido. Después quise enterarme de cómo me había salvado; pero tampoco me dieron razón.

Diéronme á beber no sé qué; me llevaron á una casa cercana, y allí, junto á un buen fuego y cuidado por una vieja recobre la salud, aunque no las fuerzas. Entónces me dijeron que habiendo salido otra balandra á reconocer los restos del *Rayo* y los de un navio francés que corrió igual suerte, me encontraron junto con Marcial, y pudieron salvarme la vida. Mi compañero de agonía había muerto. También supe que en a travesía del barco naufragado á la costa habían perecido algunos infelices.

Quise saber qué había sido de Malespina, y no hubo quien me diera razón del padre ni del hijo. Pregunté por el *Santa Ana*, y me dijeron que había llegado felizmente á Cádiz, por cuya noticia resolví ponerme inmediatamente en camino para reunirme con mi amo. Me encontraba á bastante distancia de Cádiz, en la costa que corresponde á la orilla derecha del Guadalquivir. Necesitaba, pues, emprender la marcha inmediatamente para recorrer lo más pronto posible tan largo trayecto. Esperé dos días más para reponerme, y al fin, acompañado de un marinero que llevaba el mismo camino, me puse en marcha hácia Sanlúcar. En la mañana del 27 recuerdo que atravesamos el río, y luego seguimos nuestro viaje á pie sin abandonar la costa. Como el marinero que me acompañaba era francote y alegre, el viaje fué todo lo agradable que yo podía esperar, dada la situación de mi espíritu, aún abatido por la muerte de Marcial y por las últimas escenas de que fui testigo á bordo. Por el camino íbamos departiendo sobre el combate y los naufragios que le sucedieron.

—Buen marino era Medio-hombre—decía mi compañero de viaje.—¿Pero quién le metió á salir á la mar con un cargamento de más de sesenta años? Bien empleado le está el fin que ha tenido.

—Era un valiente marinero—dije yo;—y tan aficionado á la guerra, que ni sus achaques le arredraron cuando intentó venir á la escuadra.

—Pues de esta me despido—prosiguió el marinero.—No quiero más batallas en la mar. El Rey paga mal, y después, si queda uno cojo ó baldado, le dan las buenas noches y si te he visto no me acuerdo. Parece mentira que el Rey trate mal á los que le sirven. ¿Qué cree usted? La mayor parte de los comandantes de navío que se han batido el 21, hace muchos meses que no cobran sus pagas. El año pasado estuvo en Cádiz un capitán de navío que, no sabiendo cómo mantenerse y mantener á sus hijos, se puso á servir en una posada. Sus amigos le descubrieron, aunque él trataba de disimular su miseria y por último lograron sacarle de tan vil estado. Esto no pasa en ninguna nación del mundo; ¡y luego se espantan de que nos

cirse lo que tiene en la conciencia al primero que encuentre,

venzan los ingleses! Pues no digo nada del armamento. Los arsenales están vacíos, y por más que se pide dinero á Madrid, ni un cuarto. Verdad es que todos los tesoros del Rey se emplean en pagar sus sueldos á los Señores de la corte, y entre éstos el que más come es el Príncipe de la Paz, que reúne 40,000 duros como consejero de Estado, como secretario de Estado, como capitán general y como sargento mayor de guardias Lo dicho, no quiero servir al Rey. A mi casa me voy con mi mujer y mis hijos; pues ya he cumplido y dentro de algunos días me han de dar la licencia.

—Pues no podrá usted quejarse, amiguito, si le tocó ir en el *Rayo*, navío que apenas entró en acción.

—Yo no estaba en el *Rayo*, sino en el *Bahama*, que sin duda fué de los barcos que mejor y por más tiempo pelearon.

—Ha sido apresado y su comandante murió, si no recuerdo mal.

—Así fué—contestó.—Y todavía me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de don Dionisio Alcalá Galiano, el más valiente brigadier de la armada. Eso sí; tenía el genio fuerte y no consentía la más pequeña falta; pero su mucho rigor nos obligaba á quererle más, porque el capitán que se hace temer por severo, si á la severidad acompaña la justicia, infunde respeto, y por último se conquista el cariño de la gente. También puede decirse que otro más caballero y más generoso que D. Dionisio Alcalá Galiano no ha nacido en el mundo. Así es que cuando quería obsequiar á sus amigos no se andaba por las ramas, y una vez en la Habana gastó diez mil duros en cierto convite que dió á bordo de su buque.

—También oí que era un hombre muy sabio en la náutica.

—¿En la náutica? Sabía más que Merlín y que todos los doctores de la Iglesia. Si había hecho un sin fin de mapas y había descubierto no sé qué tierras que están allá por el mismo infierno.

¡Y hombres así los mandan á una batalla para que perezcan como un grumete! Le contaré á usted lo que pasó en el *Bahama*. Desde que empezó la batalla, Don Dionisio Alcalá

Galiano sabía que la habíamos de perder, porque aquella mal-dita virada en redondo. . . . Nosotros estábamos en la reserva y nos quedamos á la cola. Nelson, que no era ningún rana-vió nuestra línea y dijo: «Pues si la corto por dos puntos distintos y les cojo entre dos fuegos, no se me escapa ni tanto así de navío. . . .» Así lo hizo el maldito, y como nuestra línea era tan larga, la cabeza no podía ir en auxilio de la cola (1). Nos derrotó por todas partes, atacándonos en dos fuertes columnas dispuestas al modo de cuña, que es, según dicen, el modo de combatir que usaba el capitán moro Alejandro Magno, y que hoy dicen usa también Napoleón. Lo cierto es que nos envolvió y nos dividió y nos fué rematando barco á barco de tal modo, que no podíamos ayudarnos unos á otros, y cada navío se veía obligado á combatir con tres ó cuatro.

«Pues verá usted: el *Bahama* fué de los que primero entraron en fuego. Alcalá Galiano revistó la tripulación al medio día, examinó las baterías, y nos echó una arenga en que dijo, señalando la bandera. «Señores: estén ustedes todos en la inteligencia de que esa bandera está clavada.» Ya sabíamos qué clase de hombre nos mandaba; y así no nos asombró aquel lenguaje. Después le dijo al guardia marina Don Alonso Butrón, encargado de ella: «Cuida de defenderla. Ningún Galiano se riende, y tampoco un Butrón debe hacerlo.»

Lástima es—dije yo,—que estos hombres no hayan tenido un jefe digno de su valor, ya que no se les encargó del mando de la escuadra.

—Sí que es lástima, y verá usted lo que pasó. Empezó la refriega, que ya sabrá usted fué cosa buena, si estuvo á bordo del *Trinidad*. Tres navíos nos acribillaron á halazos por babor y estribor. Desde los primeros momentos caían como moscas los heridos, y el mismo comandante recibió una fuerte contusión en la pierna, y después un astillazo en la cabeza que le hizo mucho daño. ¿Pero usted cree que se acobardó, ni que anduvo con unguientos ni parches? ¡Quiá! Seguía en el alcázar como si tal cosa, aunque personas muy queridas pa-

[1] Palabras de Nelson.

ra él caían á su lado para no levantarse más. Alcalá Galiano mandaba la maniobra y la artillería como si hubiéramos estado haciendo el saludo frente á una plaza. Una balita de poca cosa le llevó el antejo, y esto le hizo sonreír. Aún me parece que le estoy viendo. La sangre de las heridas le manchaba el uniforme y las manos; pero él no se cuidaba de esto más que si fueran gotas de agua salada salpicadas por el mar. Como su carácter era algo arrebatado y su genio vivo, daba las órdenes gritando y con tanto coraje, que si ño las obedecíamos porque era nuestro deber, las hubiéramos obedecido por miedo. . . . Pero al fin todo se acabó de repente, cuando una bala de medio calibre le cogió la cabeza dejándolo muerto el acto.

«Con esto concluyó el entusiasmo si no la lucha. Cuando cayó muerto nuestro querido comandante, le ocultaron para que no le viéramos; pero nadie dejó de comprender lo que había pasado, y después de una lucha desesperada sostenida por el honor de la bandera, el *Bahama* se rindió á los ingleses, que se lo llevarán á Gibraltar, si antes no se les va á pique como sospecho.

Al concluir su relación y después de contar cómo había pasado del *Bahama* al *Santa Ana*, mi compañero dió un fuerte suspiro y calló por mucho tiempo. Pero como el camino se hacia largo y pesado, yo intenté trabar de nuevo la conversación, y principié contándole lo que había visto, y por último, mi traslado á bordo del *Rayo* con el joven Malespina.

—¡Ah!—dijo.—¿Es un joven oficial de artillería que fué trasportado á la balandra, y de la balandra á tierra en la noche del 23?

—El mismo—contesté,— y por cierto que nadie me ha dado razón de su paradero.

—Pues ese fué de los que perecieron en la segunda lancha, que no pudo tocar á tierra; de los sanos se salvaron algunos, entre ellos el padre de ese señor oficial de artillería; pero los heridos se ahogaron todos, como es fácil comprender, no pudiendo los infelices ganar á nado la costa.

Me quedé absorto al saber la muerte del joven Malespina,

y la idea del pesar que aguarbaba á mi infeliz é idolatrada amita llenó mi alma, ahogando todo resentimiento.

—¡Qué horrible desgracia!—exclamé.—¿Y seré yo quien lleve tan triste noticia á su afligida familia? ¿Pero, señor, usted está seguro de lo que dice?

—He visto con estos ojos al padre de ese joven, quejándose amargamente y refiriendo los pormenores de la desgracia con tanta angustia que partía el corazón. Según decía, él había salvado á todos los de la lancha, y aseguraba que si hubiera querido salvar solo á su hijo, lo habría logrado á costa de la vida de todos los demás. Prefirió, con todo, dar la vida al mayor número, aun sacrificando la de su hijo en beneficio de muchos, y así lo hizo. Parece que es hombre de mucha alma, y sumamente diestro y valeroso.

Esto me entristeció tanto que no hablé más del asunto. ¡Muerto Marcial, muerto Malespina! ¡Qué terribles nuevas llevaba yo á casa de mi amo! Casi estuve por un momento decidido á no volver á Cádiz, dejando que el azar ó la voz pública llevaran tan penosa comisión al seno del hogar, donde tantos corazones palpitaban de inquietud. Sin embargo, era preciso que me presentase á D. Alonso para darle cuenta de mi conducta.

Llegamos por fin á Róta, y de allí nos embarcamos para Cádiz. No pueden ustedes figurarse qué alborotado estaba el vecindario con la noticia de los desastres de la escuadra. Poco á poco iban llegando las nuevas de lo sucedido, y ya se sabía la suerte de la mayor parte de los buques, aunque de muchos marineros y tripulantes se ignoraba todavía el paradero. Por las calles se presenciaba á cada momento escenas de desolación, cuando un recién llegado daba cuenta de los muertos que conocía, y nombraba las personas que no habían de volver. La multitud invadía el muelle para reconocer los heridos, esperando encontrar al padre, al hermano, al hijo ó al marido. Presencié escenas de frenética alegría, mezcladas con lances dolorosos y terribles desencantos. Las esperanzas se desvanecían, las sospechas se confirmaban las más de las veces, y el número de los que ganaban en aquel agonioso juego de la suer-

te era bien pequeño comparado con el de los que perdían. Los cadáveres que aparecieron en la costa de Santa María sacaban de dudas á muchas familias, y otras esperaban aún encontrar entre los prisioneros conducidos á Gibraltar á la persona amada.

En honor del pueblo de Cádiz debo decir que jamás vecindario alguno ha tomado con tanto empeño el auxilio de los heridos, no distinguiendo entre nacionales y enemigos, antes bien equiparando á todos bajo el amplio pabellón de la caridad. Collingwood consignó en sus Memorias esta generosidad de mis paisanos. Quizás la magnitud del desastre apagó todos los resentimientos. ¿No es triste considerar que sólo la desgracia hace á los hombres hermanos?

En Cádiz puede conocer en un conjunto la acción de guerra que yo, á pesar de haber asistido á ella, no conocía sino por esos particulares, pues lo largo de la línea, lo complicado de los movimientos y la diversa suerte de los navíos, no permitían otra cosa. Según allí me dijeron, además del "Trinidad" se habían ido á pique el «Argonauta,» de 92, mandado por D. Antonio Pareja, y el «San Agustín» de 80, mandado por D. Felipe Cagigal. Con Gravina en el «Príncipe de Asturias,» habían vuelto á Cádiz el "Montañés," de 80, comandante Alcedo, que murió en el combate en unión del segundo Castaños; el «San Justo,» de 76, mandado por D. Miguel Gastón; el "San Leandro," de 74, mandado por D. José Quevedo; el "San Francisco," de 74, mandado por D. Luis Flores; el "Rayo," de 100, que mandaba Mac-donell. De éstos salieron el 23 para represar los buques que estaban á la vista, el "Montañés," el "San Justo," el "San Francisco" y el "Rayo;" pero los dos últimos se perdieron en la costa, lo mismo que el "Monarca," de 74, mandado por Argumosa, y el "Neptuno," de 80, cuyo heroico comandante D. Cayetano Valdés, ya célebre por la jornada del 14, estuvo á punto de perecer. Quedaron apresados el "Bahama" que se deshizo antes de llegar á Gibraltar, el "San Ildefonso," el 74, comandante Vargas, que fué conducido á Inglaterra, y el "Nepomuceno," que por muchos años permaneció

en Gibraltar, conservado como un objeto de veneración ó sagrada reliquia.

El «Santa Ana» llegó felizmente á Cádiz en la misma noche en que le abandonamos. Los ingleses también perdieron algunos de sus fuertes navios, y no pocos de sus oficiales generales compartieron el glorioso fin del Almirante Nelson.

En cuanto á los franceses, no es necesario decir que tuvieron tantas pérdidas como nosotros. A excepción de los cuatro navios que se retiraron con Dumanoir sin entrar en el fuego, mancha que en mucho tiempo no pudo quitarse de encima la marina imperial, nuestros aliados se condujeron heroicamente en la batalla. Villanueva, deseando que se olvidaran en un día sus faltas, peleó hasta el fin denodadamente, y fué llevado prisionero á Gibraltar.

Otros muchos comandantes cayeron en poder de los ingleses, y algunos murieron. Sus navios corrieron igual suerte que los nuestros: unos se retiraron con Gravina, otros fueron apresados, y muchos se perdieron en las costas. El «Achilles» se voló en medio del combate, como indiqué en mi relación.

Pero á pesar de estos desastres, nuestra aliada, la orgullosa Francia, no pagó tan caro como España las consecuencias de aquella guerra. Si perdía lo más florido de su marina, en tierra alcanzaba en aquellos mismos días ruidosos triunfos. Napoleón había transportado en poco tiempo el gran ejército desde las orillas del canal de la Mancha á la Europa central y ponía en ejecución su colosal plan de campaña contra el Austria. El 20 de Octubre, un día antes de Trafalgar, Napoleón presenciaba en el campo de Ulm, el desfile de las tropas austriacas, cuyos generales le entregaban la espada, y dos meses después, el 2 de Diciembre del mismo año, ganaba en los campos de Austerlitz la más grande acción de su reinado.

Estos triunfos atenuaron en Francia la pérdida de Trafalgar; el mismo Napoleon mandó á los periódicos que no se hablara del asunto, y cuando se le dió cuenta de la victoria de sus implacables enemigos los ingleses, se contentó con encogerse de hombros, diciendo: «Yo no puedo estar en todas partes.»

XVII.

Traté de retardar el momento de presentarme á mi amo, pero al fin el hambre, la desnudez en que me hallaba y la falta de asilo me obligaron á ir. Mi corazón, al aproximarme á la casa de Doña Flora, palpitaba con tanta fuerza que á cada paso me detenía para tomar aliento. La inmensa pena que iba á causar anunciando la muerte del joven Malespina, gravitaba sobre mi alma con tan atroz pesadumbre, que si yo hubiera sido responsable de aquel desastre, no me habría sentido más angustiado. Llegué por fin y entré en la casa. Mi presencia en el patio produjo gran sensación; senti fuertes pasos en las galerías altas, y aún no había tenido tiempo de decir una palabra, cuando me abrazaron estrechamente. No tardé en reconocer el rostro de Doña Flora, más pintorreado aquel día que un retablo, y ferozmente desfigurado con la alegría que mi presencia causó en el espíritu de la excelente vieja. Los dulces nombres de *pimpollo*, *remono*, *angelito*, y otros que me prodigó con toda largueza, no me hicieron sonreír. Subi y todos estaban en movimiento. Oí á mi amo que decía: «¡Ahí está! gracias á Dios.» Entré en la sala y Doña Francisca se adelantó hacia mi preguntándome con mortal ansiedad:

—¿Y D. Rafael? ¿Qué ha sido de D. Rafael?

Permanecí confuso por largo rato. La voz se ahogaba en mi garganta y no tenía valor para decir la fatal noticia. Repitieron la pregunta y entonces vi á mi amita que salía de una pieza inmediata, con el rostro pálido, espantados los ojos, y mostrando en su ademán la angustia que la poseía. Su vista

me hizo prorrumpir en amargo llanto y no necesité pronunciar una palabra. Rosita lanzó un grito terrible y cayó desmayada. Don Alonso y su esposa corrieron á auxiliarla, ocultando su pesar en el fondo del alma. Doña Flora se entristeció, y llamandome aparte para cerciorarse mejor de que mi persona volvía completa, me dijo:

—¿Con que ha muerto ese caballerito? Ya me lo figuraba yo, y así se lo he dicho á Paca; pero ella reza que te reza ha creído que lo podía salvar. Si cuando está de Dios una cosa... Y tú bueno y sano, ¡que placer! ¿No has perdido nada?

La consternación que reinaba en la casa es imposible de pintar. Por espacio de un cuarto de hora no se oyeron más que llantos, gritos y sollozos, porque la familia de Malespina estaba allí también. Pero ¡qué singulares cosas permite Dios para sus fines! Había pasado, como he dicho, un cuarto de hora desde que di la noticia, cuando una ruidosa y chillona voz hirió mis oídos. Era la de Don José María Malespina, que vociferaba en el patio llamando á su mujer, á Don Alonso y á mi amita.

Lo que más llamó mi atención fué que la voz del mentiroso parecía tan alegre como de costumbre, lo cual me parecía altamente indecoroso después de la gracia ocurrida. Corrimos á su encuentro y me maravillé viéndole gozoso como unas pascuas.

—Pero D. Rafael. . . —le dijo mi amo con asombro.

—Bueno y sano—contestó D. José María.

—Es decir, sano nó; pero fuera de peligro sí; porque su herida ya no ofrece cuidado. El bruto del cirujano opinaba que se moría; pero bien sabía yo que nó. ¡Cirujanitos á mí! Yo le he curado, señores, yo, yo, por un procedimiento nuevo. inusitado, que yo sólo conozco.

Estas palabras, que repentinamente cambiaban de un modo tan radical la situación, dejaron atónitos á mis amos; después una viva alegría sucedió á la anterior tristeza, y por último, cuando la fuerte emoción les permitió reflexionar sobre el engaño, me interpelaron con severidad, reprendiéndome por el gran susto que les había ocasionado.

Yo me disculpé diciendo que me lo habían contado tal como lo referi, y D. José María se puso furioso, llamándome chiquillo, embustero y enredador.

Efectivamente, D. Rafael vivía y estaba fuera de peligro; más se habían quedado en Sanlúcar en casa de gente conocida mientras su padre vino á Cádiz en busca de su familia para llevarla al lado del herido. El lector no comprenderá el origen de la equivocación que me hizo anunciar con tan buena fe la muerte del joven; pero apuesto á que cuantos lean esto sospechan que algún estupendo embuste del viejo Malespina hizo llegar á mis oídos la noticia de una desgracia supuesta. Así fué ni más ni menos. Según lo que supe después cuando fui á Sanlúcar acompañando á la familia, D. José María había forjado una novela de heroísmo y habilidad por parte suya; en diversos círculos refirió el extraño caso de la muerte de su hijo, suponiendo unos pormenores, unas circunstancias dramáticas que por algunos días el fingido protagonista fué objeto de las alabanzas de todos por su abnegación y valentía. Contó que habiendo zozobrado la lancha él tuvo que optar entre la salvación de su hijo y la de todos los demás, decidiéndose por esto último en razón de ser más generoso y filantrópico. Esto lo adornó de tal modo, refiriendo detalles tan curiosos, tan interesantes y á la vez tan verosímiles, que muchos se lo creyeron. Pero la superchería se descubrió pronto y el engaño no duró mucho tiempo, aunque sí el necesario para que llegase á mis oídos, obligándome á transmitirlo á la familia. Aunque tenía muy mala idea de la veracidad del viejo Malespina, jamás pude creer que se permitiera mentir en asuntos tan serios.

Pasadas aquellas fuertes emociones, mi amo cayó en profunda melancolía; apenas hablaba, y parecía que su alma perdida la última ilusión, había liquidado toda clase de cuentas con el mundo y se preparaba para el último viaje. La definitiva ausencia de Marcial le quitaba el único amigo de aquella su infantil senectud; y no teniendo con quien jugar á los barquitos, se consumía en honda tristeza. Ni viéndole tan abatido ce-

jó doña Francisca en su tarea de fortificación, y el día de mi llegada oí que le decía:

—Bonita la habeis hecho.... ¿Qué te parece? ¿Aún no estás satisfecho? Anda, anda á la escuadra. ¿Tenia yo razón ó no la tenía? ¡Ah! si hiciera caso de mí.... ¿Aprenderás ahora? ¿Ves cómo te ha castigado Dios?

—Mujer, déjame en paz—contestaba mi amo con dolor.

—Y ahora nos hemos quedado sin escuadra, sin marinos y nos quedaremos hasta sin modo de andar, si seguimos unidos con los franceses.... Quiera Dios que estos señores no nos den un mal pago. El que se ha lucido es el Sr. Villeneuve. Vamos que también Gravina, si se hubiera opuesto á la salida de la escuadra, como decía Churruca y Alcalá Galiano, habria evitado este desastre que parte el corazón.

—Mujer.... ¿qué entiendes tú de eso? No me mortifiques, dijo mi amo muy contrariado.

—¿Pues no he de entender? Más que tú. Si señor, lo repito. Gravina será muy caballero y muy valiente pero lo que el ahora.... buena la ha hecho.

—He hecho lo que debía. ¿Te parece bien que hubiéramos pasado por cobardes?

—Por cobardes no, pero si por prudentes. Eso es. Lo digo y lo repito. La escuadra española no debía salir de Cádiz, cediendo á las genialidades y al egoísmo de Mr. Villeneuve.

“Aquí se ha contado que Gravina opinó como sus compañeros por no salir. Pero Villeneuve, que estaba decidido á ello para hacer una hombrada que le reconciliase con su amo, trató de herir el amor propio de los nuestros. Parece que una de las razones que alegó Gravina fué el mal tiempo, y mirando el barómetro de la cámara dijo:—“¿No ven ustedes que el barómetro anuncia mal tiempo? ¿No ven ustedes cómo baja?” Entonces Villeneuve dijo secamente:—“Lo que baja aquí es el valor.” Al oír este insulto, Gravina se levanto ciego de ira y echó en cara al francés su cobarde comportamiento en el cabo de Finisterre. Se cruzaron palabritas un poco fuertes, y por último, exclamó nuestro almirante:—“A la mar mañana mismo!....” Pero yo creo que Gravina no debía haber hecho caso de las baladronadas de Villeneuve, no señor: que antes que nada es la prudencia y más conociendo, como conocia, que la escuadra combinada no tenía condiciones para luchar con los ingleses.

Esta opinión, que entonces me pareció un desacato á la honra nacional, más tarde me pareció muy bien fundada. Doña Francisca tenía razón. Gravina no debió haber cedido á la exigencia de Villeneuve. Y digo esto menoscabando quizás la aureola de prestigio que el pueblo puso en las sienes del jefe

de las fuerzas españolas en aquella lamentable ocasión. Sin negar el mérito de Gravina, yo creo que hay exageración en las ampulosas alabanzas de que fué objeto después del combate y en los días de su muerte (1). Todo indicaba que Gravina era un cumplido caballero y un valiente marino; pero quizás por ser demasiado cortesano carecía de aquella resolución que da el constante hábito de la guerra y también de la superioridad que en carreras tan difíciles como la de la marina se alcanza sólo en el cultivo asiduo de las ciencias que la constituyen. Gravina era un buen jefe de división; pero nada más. La previsión, la serenidad, la firme é inquebrantable resolución que son caracteres propios de las organizaciones destinadas al mando de grandes fuerzas, no las tuvieron sino D. Cosme Damián Churruca y D. Dionisio Alcalá Galiano.

Mi amo D. Alonso contestó á las últimas palabras de su mujer, y cuando ésta salió, observé que el pobre anciano rezaba con tanta piedad como en la cámara del «Santa Ana,» la noche de nuestra separación. Desde aquel día el Sr. de Cisniega no hizo más que rezar, y rezando se pasó el resto de su vida, hasta que se embarcó en la nave que no vuelve más.

Murió mucho después de que su hija se casara con D. Rafael Malespina, acontecimiento que tuvo lugar dos meses después de la gran acción naval que los españoles llamaron *la del 21* y los ingleses *Combate de Trafalgar*, por haber ocurrido cerca del cabo de este nombre. Mi amita se casó en Vejer al amanecer de un día hermoso, á pesar de ser invierno, y al punto partieron para Medinasidonia, donde les tenían preparada la casa. Yo fui testigo de su felicidad durante los días que precedieron á la boda, mas ella no advirtió la profunda tristeza que me dominaba, ni advirtiéndola hubiera conocido la causa. Cada vez se crecía ella más ante mis ojos, y cada vez me encontraba yo más humillado ante la doble superioridad de su hermosura y de su clase. Ya me había acostumbrado á la idea de que tan admirable conjunto de gracias no podía ni debía ser para mí, y esto me tranquilizaba, porque la resignación, renunciando á toda esperanza, es un consuelo parecido á la muerte, y por eso es un gran consuelo.

Se casaron, y el mismo día en que partieron para Medinasidonia, doña Francisca me ordenó que fuera yo también allá para ponerme al servicio de los desposados. Fui por la noche, y durante mi viaje solitario iba luchando con mis ideas y mis sensaciones, que oscilaban entre aceptar un puesto en la casa de los novios ó rechazarlo para siempre. Llegué á la mañana siguiente, me acerqué á la casa, entré en el jardín,

[1] Murió en Marzo de 1806 de resultas de sus heridas.

puse el pie en el primer escalón de la puerta y allí me detuve, porque mis pensamientos absorbían todo mi sér, y necesitaba estar inmóvil para meditar mejor. Yo creo que permaneci en aquella actitud más de media hora.

Un silencio profundo reinaba en la casa. Los dos esposos casados el día antes, dormían sin duda el primer sueño de su tranquilo amor, no turbado aún por ninguna pena. No pude menos de traer á la memoria las escenas de aquellos lejanos días en que ella y yo jugábamos juntos. Para mi ella era entonces lo primero del mudo. Para ella era yo, si no lo primero, al menos algo que se ama y que se echa de menos durante ausencias de una hora. En tan poco tiempo ¡cuánta mudanza!

Todo lo que estaba viendo me parecía expresar la felicidad de los dos amantes, y como un insulto á mi soledad. Aunque era invierno, sé me figuraba que los árboles todos del jardín se cubrían de follaje, y que el emparrado que daba sombra á la puerta se llenaba inopinadamente de pámpanos para guarecerles cuando salieran de paseo. El sol era muy fuerte y el aire se entibiaba, oreando aquel nido cuyas primeras pajas había ayudado á reunir yo mismo cuando fui mensajero de sus amores. Los rosales ateridos se me representaban cubiertos de rosas, y los naranjos de azahares y frutas que mil pájaros venían á picotear, participando del festín de la boda. Mis meditaciones y mis visiones no se interrumpieron sino cuando el profundo silencio que reinaba en la casa se interrumpió por el sonido de una fresca voz, que retumbó en mi alma haciéndome estremecer. Aquella alegre voz me produjo una sensación indefinible, una sensación parecida no sé si al miedo ó á la vergüenza: lo que si puedo asegurar es que una resolución súbita me arrancó de la puerta y salí del jardín corriendo como un ladrón que teme ser descubierto.

Mi propósito era inquebrantable. Sin perder tiempo salí de Medinasidonia, decidido á no servir ni en aquella casa ni en la de Vejer. Después de reflexionar un poco determiné ir á Cádiz, para desde allí trasladarme á Madrid. Así lo hice venciendo los halagos de Doña Flora, que trató de atarme con una cadena formada de las marchitas rosas de su amor; y desde aquel día, ¡cuántas cosas me han pasado dignas de ser contadas! Mi destino, que ya me había llevado á Trafalgar, me llevó después á otros escenarios gloriosos ó menguados; pero todos dignos de memoria. ¿Queréis conocer mi vida entera? Pues aguardad un poco y os diré algo más en otro libro.

Madrid.—Enero-Febrero de 1873.

Fin de Trafalgar.

EPISODIOS NACIONALES

LA CORTE DE CARLOS IV.